

No son todos los que están

Cuentos semicompletos (lo que soy yo)

NICOLÁS SUESCÚN

Seix Barral, Bogotá, 2019, 425 pp.

LOS CUENTOS recogidos en este volumen póstumo habían sido publicados originalmente en cuatro libros de Nicolás Suescún: *El retorno a casa* (1971), *El último escalón* (1974), *El extraño y otros cuentos* (1980) y *Oniromanía* (1996). En muchos de estos cuentos, “En mi pieza”, “Un nuevo día”, “Afuera y adentro”, “El último escalón”, “El hombre acabado”, nos encontramos con unos retratos irrisorios, hechos por la loca de la casa que es la imaginación, tal vez un conjuro a la lógica de lo peor. En “Un nuevo día”, leemos:

Hoy también, otra vez, se había sentado en el borde de la cama, había comenzado a bostezar y la había mirado con sus ojos de perro, los párpados abotagados, no por el sueño sino porque así eran, las bolsas de carne en las cuencas, la boca abierta, la lengua gris, las cerdas en la barbilla, la pijama rota y sucia... era como una venganza ese despertar. Estaba sonriendo, seguramente burlándose de ella que esperaba, tal vez esa mañana más que ninguna otra, que no se volviera a levantar, que se quedara ahí entre las mantas y las sábanas rasgadas, hecho un ovillo, hasta que se deshiciera su carne, se volvieran polvo sus huesos, se fuera para siempre esa alma, si alma tenía el loco desgraciado, y la dejara por fin en paz. (p. 33)

Esta condición desvalida y aberrante del sujeto hace desesperar a la esposa del mismo y nos hace reír a nosotros, lectores. En “Una vida de un día”, el hombre se mira al espejo:

Era un espejo de mala calidad que deformaba su cara. Así, a unos pocos centímetros de la superficie, pareciera que tuviera el lado izquierdo de la cara más largo que el derecho, que el ojo izquierdo estuviera más abajo. Pero podía no ser el espejo. [...] Estaba bizco, con la boca abierta, la oreja a punto de reventar, el sexo encogido, llorando,

la cara del jorobado, tal vez joroba también y un dolor de los diablos de todas partes. La nalga derecha le empezó a picar. [...] Tenía que morir con el día. (p. 142)

Más luego: “Soñó durante horas, en la cama, bañado en luz cálida. [...] Lo despertó la visión de su cadáver en la cama. [...] Hasta que el sol se puso, vino la noche, el día murió, muerto era” (p. 145). Se puede tener la experiencia de la muerte: la letra mata.

En el cuento inaugural del libro, “En mi pieza”, el narrador dice que le gusta salir. “Pero eso era antes. Pensándolo bien, ya no es cierto que me guste salir, ni siquiera en días nublados. Hace mucho que no salgo” (pp. 20-21). Y si se le ocurre salir, si se atreve a salir, ¿con qué se encuentra?

Ese fue el día que llegué a una calle donde había una funeraria que me quedé mirando un largo rato con el deseo incontrolable de entrar y pedir que me cedieran un ataúd porque yo ya estaba listo y lo que más quería era estar dentro de ese cajón herméticamente cerrado, sin aire y sin luz. (p. 23)

Idea recurrente en muchos escritores, María Luisa Bombal en *La amortajada*, ser testigos de su propia muerte, percibir y pensar como desde el otro lado del umbral, lugar de la verdad según algunos como Dostoievski: “Es, en cierto modo, casi como si estuviera muerto. Nadie me habla, no le hablo a nadie” (p. 26). Pero no está muerto. En la ciudad hay uno que vigila mientras el resto de la gente duerme:

Cuando estaba mirando la calle, me sentí muy contento de estar así, solo en la noche, respirando el aire que viene de los montes, tal vez la única persona despierta en toda la gran ciudad que ya no quiero ver sino así, dormida silenciosa, bajo la luz de la luna. [Y la conclusión inexorable] Lo que soy yo, yo no vuelvo a salir. (p. 26)

“El último escalón” lleva un epígrafe de Céline, en francés, que traduzco: “Lo mejor que uno puede hacer cuando está en el mundo, ¿no es así?, es salir de él. Loco o no, asustado o no”. Tal vez el loco no sale del mundo, como sugiere Céline, sino que cae en un hueco negro

del mundo. Y quién sabe si esa es la suerte del narrador en este cuento, encerrado y bajo control por uno que se comporta a veces como un doble suyo, llega a sugerirle qué decir en las cartas que escribe a su madre, da permiso, o no, para escribir. A un comentario de ella, en una carta de réplica diciéndole que escape: “[...] no quiero, no tengo el menor deseo de volver a salir. Y huir es imposible. Los muros son demasiado altos [...] salir de aquí sería como un suicidio” (p. 107). Le había dicho: “No, no soy un cobarde. Yo escogí esto. No me dejé traer por miedo. Hice todo lo posible para llegar y..., perdona, oigo pasos, no puedo seguir escribiendo” (p. 106). No es por miedo que está ahí, ¿será por loco? “Mis recuerdos se van desvaneciendo uno por uno y lo único que me puede devolver el mundo sería tu regalo de cumpleaños” (p. 106). Veintidós días después, ya casi para cerrar el epistolario, le dirá que sospecha del vigilante, que tal vez no lo vigila para protegerlo, y cortará con ella:

En cuanto a ti, no creo que vuelva a escribirte. Ahora te desprecio. No mandarme un mísero regalo fue el gran error de tu vida. Ahí donde me ves, todavía voy a hacer grandes cosas. [...] Y no necesito tu compañía. Me podrías estorbar. (p. 114)

Roto el cordón edípico, entonces, ya nada le puede devolver el mundo, salió del mundo. ¿Loco o cuerdo? Con el aislamiento, había dicho, se sentía como un baúl vacío puesto a arear al sol: “Estoy completamente vacío. Y esto me produce un placer extraño” (p. 110). En ese vacío parece moverse con “cierto grado de libertad”, que no había podido hallar en el mundo de afuera (p. 111). Un día le cuenta a su destinataria, real o imaginaria: “El papa vino a visitarme. Me pareció un individuo sin mayor interés. Hizo todo lo posible por impresionarme pero yo permanecí impertérrito. He vivido demasiado” (p. 112). Casi al final le dice hallarse en una situación desesperada y que teme quedarse “oxidado” (p. 113). Doce días después:

Tengo muchas cosas que hacer, un plan secreto sobre el que nada puedo decirle a nadie. Soy un hombre ocupadísimo [...]. Es fatigante a veces, pero vale la pena, te lo digo como buen hijo que siempre he sido, pero no puedo seguir, respetuosamente.

CUENTO		RESEÑAS
<p>Ya había estado ocupado antes, ahí donde está instalado, sirvió de ascensorista un tiempo. Le había escrito: “[...] ¿qué pensarías tú [...] de bajar y subir unas escaleras primero normalmente y luego de para atrás, y de no poder pasar más allá del último escalón [...]?” (p. 104). En la última carta: “Yo estoy por mi parte, en el último escalón. Mañana me dejan subir al segundo piso. Me van a dejar solo, que es lo que quiero [...]”. Se despide, con respeto, como “su seguro servidor” (p. 114). De cierta forma, loco o no, y la diferencia es muy grande, ha salido del mundo, ¿a qué precio?</p> <p>En otro cuento temprano del autor, “El retorno a casa” (1971), un hombre regresa a la casa familiar luego de permanecer casi once años en el extranjero. Su madre, vieja, decae junto con la casa. Pronto, descubre que todo sigue siendo lo mismo, incluido él:</p> <p>Y ahora, en ese momento, no podía soportar la idea de que siguiera siendo el mismo, un fracasado galán de medio pelo, un dandi cobarde y vulgar, tras su nueva fachada, recién adoptada, de profesor asistente de Literatura Iberoamericana en la Universidad de Heidelberg. (p. 66)</p> <p>El cuento, gris, opresivo, agobiante, termina en clave de Edipo: “Y durante muchos años se les vio, muy de vez en cuando, salir a la calle, ella adelante y él, a una prudente distancia, [...] una altiva reina rubia –se había pintado el pelo–, seguida por su eunuco favorito” (p. 79).</p> <p>Un cuento logrado, “De pronto uno despierta” (1971): “Entró, como siempre, con una sonrisa de satisfacción, comprobando que, como siempre, su mesa estaba vacía” (p. 205). Un viejo rutinario va al restaurante favorito donde es bien conocido. Allí le va a ocurrir algo fatal, que pone de presente el carácter avieso de muchos jóvenes hijos de estas breñas y la idea fija de muchos viejos. Aquí, el uso de la tercera persona da grados importantes de libertad al autor, no más por escribir: “Entró [...]”.</p> <p>Un cuento que peca por exceso de facundia e imaginación, “Toda clase de agradables monerías”, ejercicio de narcisismo e infantilismo:</p> <p>[...] ¡volar! Nadie había volado nunca, nadie parecía que lo iba a hacer nunca [...] pero yo sí tenía que volar, y por mi propia cuenta,</p>	<p>y a fuerza de concentrarme en ello lo logré al cabo de unos meses [...]. (p. 410)</p> <p>Muchos cuentos fallan por exceso de imaginación: “El caso del locófito bizco”, “Un cuento alemán”, “Noticia del año 2000”, “El hombre masa”, “Dilema”, “El conferencista”. En “La palabra del perro”, en lugar de un devenir-perro del hombre, tenemos un devenir-hombre del perro, algo lamentable, ¡un perro que reivindica con razones su derecho a entrar a un supermercado!, “el Mesías de la nueva historia” (p. 179).</p> <p>Ejemplos de cuentos cortos bien logrados: “El hombre que perdió la memoria”, “El retorno de Drácula”, “El sueño de un burócrata”, “El protoexplorador”, “Misión cumplida”, “El secreto del doble”. “Hacia la otra orilla” (!) y tres devenires animales: “El hombre perro”, “El hombre topo” y “El hombre lobo” (!).</p> <p>Un libro más pequeño, con menos cuentos, los meros-meros, habría hecho entonces más clemente y grata su lectura.</p> <p style="text-align: right;">Rodrigo Pérez Gil</p>	